

# Leyenda romántica de Artal y Oras

## Arturo Esteve Comes

### RESUM

ELS ANOMENATS "POBRES CONMILITONES DE CRISTO Y DEL TEMPLO DE SALOMÓN DE LA CIUDAD SANTA DE JERUSALÉN", SENYOREJAVEN ABUNDANTS TERRITORIS DE L'ACTUAL PROVÍNCIA DE CASTELLÓ ELS QUALS, AMB EL TEMPS FORMARIEN PART DEL MAESTRAT HISTÒRIC DE SANTA MARIA DE MONTESA. CULLA I EL SEU CASTELL VAN SER POSSESSIONS MOLT ESTIMADES I MOLT DE TEMPS DESITJADES PELS CAVALLERS TEMPLARIS. RECOLLIR AQUELL ESPERIT DE TRADICIÓ I DE MISTERI, ÉS EL QUE M'HE PROPOSAT AMB EL FET DE RECREAR LA LLEGENDA ROMÀNTICA D'ARTAL I ORAS.

### RESUMEN

LOS LLAMADOS POBRES CONMILITONES DE CRISTO Y DEL TEMPLO DE SALOMÓN DE LA SANTA CIUDAD DE JERUSALÉN, SEÑOREARON AMPLIOS TERRITORIOS DE LA ACTUAL PROVINCIA DE CASTELLÓN QUE LUEGO, PASARÍA A FORMAR PARTE DEL MAESTRAZGO HISTÓRICO DE SANTA MARÍA DE MONTESA. CULLA Y SU CASTILLO FUERON POSESIONES BIENAMADAS Y LARGO TIEMPO DESEADAS POR LOS CABALLEROS TEMPLARIOS. RECOGER ESE ESPÍRITU DE TRADICIÓN Y MISTERIO ES LO QUE ME HE PROPUESTO AL RECREAR LA LEYENDA ROMÁNTICA DE ARTAL Y ORAS.

### ABSTRACT

THE SO CALLED POOR CONMILITONES OF CHRIST AND OF SOLOMON TEMPLE IN JERUSALEM, DOMINATED WIDE TERRITORIES OF CASTELLÓ CURRENT PROVINCE. EVENTUALLY IT BELONGED TO THE HISTORICAL MAESTRAT OF SANTA MARIA DE MONTESA. CULLA AND ITS CASTLE WERE BELOVED POSSESSIONS AND THEY WERE PURSUED BY THE TEMPLARS FOR A LONG TIME. TO GATHER THIS SPIRIT OF TRADITION AND MYSTERY IS WHAT I HAVE TRIED WHEN RECREATING THE ROMANTIC LEGEND OF ARTAL AND ORAS.

**J**OSÉ M<sup>A</sup> RUIZ DE LIHORY nos dejó retazos de una hermosa leyenda romántica. Trata ésta sobre los desgraciados amores de un caballero templario y una bella musulmana. Toda la acción se desarrolla entre los burgos medievales de Benasal y Culla, en los alrededores de la antigua ermita de Nuestra Señora de Gracia (levantada sobre las ruinas de la que fue, en tiempo de los moriscos, una pequeña mezquita), junto al manantial del macizo del Moncatí (Montcatil) y su tranquila alberca, y en las recogidas oquedades de la cueva del Antebrusco.

El relato, poco conocido por nuestros compatriotas y menos aún por los medios literarios, es apenas recordado por alguna de las personas más longevas de estas poblaciones que, rebuscando entre las brumas de su memoria, me han contado breves e inconexos, pero sin duda inestimables, matices de esta extraordinaria historia.

La tradición recoge los amoríos de una hermosa agarena “de talle esbelto y figura gallarda, con un adorable rostro animado por dos ojos oscuros llenos de dulzura y gracia, unos labios rojos y hechiceros, y unos ondulados y hermosos cabellos castaños”. Oras, que tal es el nombre de nuestra protagonista, mantiene un trágico romance con un caballero templario: Artal de Asens.

Oras es hija de un rico hacendado musulmán que habitaba en un pequeño poblado, en las cercanías de la mencionada ermita. Artal es un monje-guerrero destinado al castillo de la Mola, en la parte más elevada de la villa de Culla.

Un fugaz y casual encuentro al cruzarse en un sendero, un ruboroso y estudiado recato, una mirada hechicera llena de promesas y de misterio hacen que nuestro caballero olvide sus votos y busque cualquier pretexto para acercarse a los alrededores de la capilla y de la fuente con la secreta esperanza de volver a ver, una vez más, el alma de sus sueños.

El destino les muestra su rostro más amable y lisonjero y así, después de cruzarse a menudo en los caminos y de intercambiar otras miradas y otros velados suspiros, y contando con la complicidad de una sirviente de la familia de Oras, los protagonistas de nuestra historia pueden confesarse su mutuo amor junto al fontanar del Moncatí, bajo las tupidas frondas de los gigantescos laureles y olmos que crecían, desde tiempo inmemorial, en las riberas del pequeño lago.

Protegidos por la penumbra de la gruta del Antebrusco, se olvidan del mundo y de todos sus convencionalismos y apuran la agridulce copa de sus imposibles

amores. Ni la raza, ni la oposición paterna, ni los votos de castidad, hechos por el caballero al ingresar en el Temple, son obstáculo alguno para los enamorados. Todo fue hechizo y felicidad hasta que el Prior de la Orden entrega al templario Artal unos importantes legajos para que los lleve en custodia hasta el castillo de Peñíscola.

Un último y apasionado encuentro junto a las tersas y cristalinas aguas de la charca, un medallón conteniendo rizados cabellos, un ramito de silvestre reseda gualda (símbolo de los amores secretos), junto con mutuas promesas de amor eterno, serán los vínculos que unirán a los amantes durante su cruel separación. Oras, observando el reflejo de su rostro en las tranquilas aguas de un remanso, promete que permanecerá tan fiel, como fiel es el espejo del agua que recoge sus lágrimas y su tristeza, y que, cómplice de su romance, parece guardar en sus apartadas y umbrosas soledades los sentimientos de nuestros enamorados.

Las semanas del principio se convierten en meses y los meses en años al ser enviado Artal, desde el castillo de Peñíscola a tierras de la Provenza francesa, para desempeñar diversos e importantes cometidos. Los rumores sobre los negros nubarrones que se ciernen sobre la Orden, y que presagian el trágico destino de los caballeros templarios, llenan de angustia y de zozobra el corazón de la desdichada Oras.

Pero un buen día, Artal es enviado de regreso al castillo de la Mola. Las etapas del viaje que le acercan a su amada se le hacen interminables y la impaciencia le consume por momentos. Al llegar a las proximidades del roquedal del Moncatí le sorprende una horrorosa tormenta. Un cielo gris plomizo, unos relámpagos cegadores, unos truenos ensordecedores, que llenarían de espanto al de ánimo más templado, no impiden que Artal prosiga, incansable, su camino. Pero un fuerte vendaval acompañado de una tromba de agua le obliga a detener su marcha y buscar refugio en la "balma" de un alcor. La caprichosa mano del ciego destino hizo que el lugar se situara en el conocido macizo del Moncatí, junto a la fuente de su mismo nombre, testigos mudos y cómplices de sus añorados y siempre presentes amores. Pasada la tormenta, con la misma rapidez con que se había presentado, Artal se acerca al revuelto espejo del agua que, poco a poco, va calmando el alborotado oleaje formado por las fuertes rachas de viento. Al mismo tiempo, las ondas formadas por las últimas gotas de agua al escurrir desde los altos árboles se van estirando y desapareciendo. Un extraño desasosiego y una inexplicable sensación de temor van embargando el ánimo del guerrero a medida que se aproxima a la laguna. Varias veces duda en acercarse a su orilla como si un sexto sentido le advirtiera de la tragedia que se avecinaba, como si un dios de caridad quisiera apartar de él, ese cáliz de amargura que estaba a punto de apurar. Pero un impulso irrefrenable, la añoranza de su amada, el destino que fatalmente ya estaba escrito pueden más que sus negros presentimientos y

mirando las ya tranquilas aguas siente que su corazón se desboca, henchido de gozo, al descubrir la imagen viva de su amada Oras: hermosísima, más adorable que nunca, con su esbelto talle, con sus ojos llenos de gracia y misterio, con sus labios rojos que tantas veces había besado, con sus cabellos castaños y ondulados cayendo sobre sus hombros de blanco alabastro..., pero ¡Ah! ¡Horrible visión! Junto a ella no se vio reflejado como los días felices y dorados que habían llenado sus recuerdos y que le habían acompañado en su soledad. Junto a ella descubrió -¡Nunca lo creyera!. La figura de un agraciado musulmán que la recibía tiernamente en sus brazos... Las aguas del estanque le habían sido más fieles que Oras y, con su más que elocuente y silencioso mensaje, le dieron testimonio fidedigno de la terrible verdad.

Artal quedó mudo, sin aliento, como petrificado, con el corazón destrozado y rebosante de dolor. Luego, loco de despecho y de rabia buscó amparo en la vecina ermita de Nuestra Señora de Gracia. Pero su pena era más grande de lo que su ánimo era capaz de soportar, la congoja nubló su mente y enervó sus sentidos, y su espíritu se sumió en una profunda desesperación. Poco a poco una irrefrenable ansia de muerte se apoderó de su voluntad. A la llegada del ermitaño para dar el toque de ánimas, encontró al caballero tendido en las gradas del altar, tenía el pecho abierto con su propia daga y en la mano un medallón: -Nunca podré olvidarte... escuchó el hombre santo en un casi imperceptible susurro, a la vez que el templario, besando con apasionamiento la preciosa joya, esparció los ondulados cabellos y rindió su último suspiro.

El Gran Maestro de la Sagrada Orden de los Pobres Conmilitones de Cristo y del Templo de Salomón de la Santa Ciudad de Jerusalén, al tener noticia de la tragedia dio orden que se derribara la ermita de Nuestra Señora de Gracia y se desacralizara el lugar; que no le fuera concedida cristiana sepultura a aquel caballero que, faltando a sus votos de castidad y habiendo cometido suicidio, se había condenado para siempre y había deshonrado a la comunidad de monjes-guerreros. Su nombre quedó borrado del Gran Libro de Memorias de la Orden y mandó que sus restos mortales fueran enterrados durante la noche, en campo raso, sin señal alguna de reconocimiento, como se entierra a las alimañas. Quiso que sus espuelas de hierro de caballero fueran rotas, que fuera amortajado con un infamante camisón de estopa, que nadie cerrara sus ojos, que el cuerpo no se orientara al Este en espera de la resurrección, sino al frío, brumoso e irredento Norte y que su rostro no quedara vuelto hacia abajo, mirando a la Madre Tierra (*Terra eris et in terra reverteris*) tal como era la costumbre entre los templarios. Dispuso luego que la tumba fuera sembrada de sal, para que nunca creciera ni la mala hierba sobre la sepultura del proscrito y que el lugar fuera maldito por los siglos de los siglos, y malditos todos los que se acercaran a rezar o tan siquiera a recordar su memoria.



↑ Ermita de San Cristóbal de Culla. ↗ Ermita de San Cristóbal de Benasal y la mola de Culla.

Pero lágrimas de arrepentimiento y de dolor dulcificaron la tierra condenada, y manos piadosas, sin duda femeninas, que nunca nadie pudo sorprender, plantaron y cuidaron unas amargas retamas de flores amarillas (símbolo de la desesperanza) y junto a ellas, una espesa zarza lobera (símbolo de los amores desgraciados).

Con el paso de los años unos pastores vieron removida la tierra aborrecida y que sobre la fosa, ya no estaban ni las matas de retama ni la zarza lobera, sino que en su lugar había crecido un hermoso mirto (símbolo del amor universal). Informado el Gran Maestro de la Sagrada Orden de Santa María de Montesa, heredera de la Orden Temple, interpretó este hecho como una señal del perdón divino y ordenó que en el solar de la antigua mezquita, luego capilla de Nuestra Señora de Gracia, se edificara una hermosa ermita que puso bajo la advocación de San Cristóbal. Después, en un acto sin precedentes, dispuso que los restos del desgraciado caballero fueran trasladados junto al templo, donde debían encontrar la tierra sacralizada que antaño le fue negada por sus pecados, y para el eterno descanso de su alma atormentada.

Nadie nos ha dado razón fidedigna del destino de Oras. Algunos rumores, sin confirmación, apuntan que los sepultureros, al exhumar los huesos del caballero, encontraron junto a él, apoyado en su costado izquierdo, la presencia de otro cuerpo más pequeño, piadosamente orientada su cara hacia el Este: ¿Jerusalén? ¿La Meca? Ante la duda, los restos de los desdichados fueron enterrados en un mismo sepulcro, justo del lado del Evangelio de la nueva ermita dedicada a San Cristóbal. Y el Gran Maestro de la Sagrada Orden de Santa María de Montesa rezó por el eterno descanso de aquellas atribuladas criaturas y mandó que la lápida con que se cubrió la tumba no tuviera ningún signo que indicara la raza, ni la religión y ni, tan siquiera, el menor rastro de sus nombres. Y nunca

levantó la maldición sobre su primera tierra, ni sobre los que allí pudieron ir a orar por el alma del templario. Y todo ocurrió después que las retamas y la zarza lobera se secaran y que en su lugar creciera un hermoso arrayán como símbolo del amor que no muere jamás, que es capaz de vivir por encima de sinsabores y de traiciones, capaz de resistir nuestras más oscuras miserias, capaz de vivir después de la muerte.

Y en el sepulcro vacío del descampado, la tierra maldecida quedó yerma para siempre, y nunca más volvieron a crecer en ella ni las matas de retama, ni el arbusto espinoso de la zarza lobera. Tampoco volvió a arraigar el mirto de flores perfumadas, de juvenil corteza roja; ni volvieron a verse sus oscuras bayas; ni el envés de sus hojas se cubrió con el plateado color de la pureza. Abolida la Orden del Temple por el Papa de Roma, nadie volvió a ver las blancas clámides de sus monjes, símbolo de sus votos de castidad y pureza, con la cruz roja al costado representando la sangre entregada por Cristo. Ni tampoco volvió a ondear al viento el orgulloso pendón del *beaussant* con sus colores blanco y negro (por la fuerza y el valor de sus guerreros), y llevando en el centro la cruz patada roja en recuerdo de la sangre derramada por los caballeros en sus duros combates.

Y todas las primaveras volvieron a florecer las humildes gualdas. Y todos los años, el santo ermitaño, llegado el lunes de la Pascua de Pentecostés\*, y antes de entrar en la capilla para el toque de ánimas, rezaba una oración y depositaba un ramillete de flores amarillas sobre la tumba sin nombre, situada en un apartado rincón, justo del lado del Evangelio, en la nueva ermita levantada bajo la advocación de San Cristóbal, en la cumbre del Moncatí.

Esta hermosa leyenda, casi ignorada por nuestra literatura, al igual que sucede con muchos aspectos de la historia de nuestro pueblo, no hace sino reafirmarnos en la idea que el tiempo se detuvo en este hermoso enclave de Culla, que la historia oficial olvidó su recuerdo y que sus antiguos mitos y leyendas no encontraron el eco de otro “Monte de las Ánimas” u otro “Rayo de Luna”, y donde el fatal desenlace de los desgraciados amores de sus protagonistas no tuvieron la resonancia de otras tragedias como las de Orfeo y Eurídice, Calixto y Melibea o Romeo y Julieta.

(\*) Festividad en la que los vecinos de Culla hacían una peregrinación a la ermita de San Cristóbal.